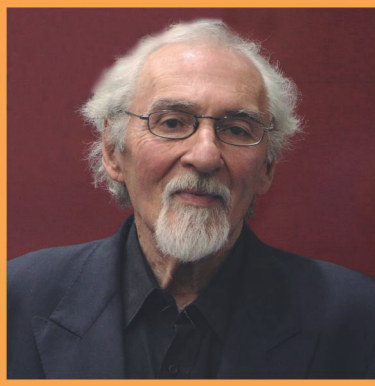
CARLOS VIRGILIO ZURITA

# A FALTA DE OTRA COSA

dock
Ediciones del Dock



**Carlos Virgilio Zurita** vive en Santiago del Estero. Su poesía ha sido valorada, entre otros, por Roberto Fernández Retamar, Raúl Gustavo Aguirre, Francisco Urondo y Santiago Sylvester.

A lo largo de los años, sus poemas poseen un tono, una voz siempre propia y reconocible. Sus formas expresivas son diversas, pero los temas se centran en la cotidianeidad y en confesiones ante el espejo de la escritura. En este libro, redactado en tiempos de la Pandemia, hay poemas para la mujer amada y para la mujer prohibida, sonetos para sus seres queridos y una serie de sugestivos e inquietantes epitafios.

Ha recibido premios de la Fundación Victoria Ocampo, de la Caja UNSE y de la SADE.

Es sociólogo, profesor emérito de la UNSE, investigador en Indes-Conicet y fue profesor visitante en Universidades de EE. UU., México, Francia y España. Es editor de la revista *Trabajo y Sociedad*.

Correo: cvzurita@hotmail.com

# A FALTA DE OTRA COSA

Carlos Virgilio Zurita

# A FALTA DE OTRA COSA

Prólogo de Santiago Sylvester

Barco Edita

dock
Ediciones del Dock

Zurita, Carlos
A falta de otra cosa / Carlos Zurita. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Del Dock, 2021.
80 p.; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-559-426-5

1. Poesía Argentina. I. Título.
CDD A861

Colección de poesía de Ediciones del Dock
Declarada de interés cultural por la Subsecretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación
Director: Jorge Aulicino

© Carlos Virgilio Zurita 2021
© Ediciones del Dock 2021
© Barco Edita 2021

Ediciones del Dock
Avda. Córdoba 2054, 1° “A”, CP 1120 Buenos Aires
www.deldock.com.ar
Director: Carlos Pereiro

Barco Edita
Los Fresnos 85, CP 4200 Santiago del Estero
www.barcoedita.blogspot.com

Diseño de cubierta: Noelia Achával Montenegro y Ana María Lamas
Esbozo de tapa: Víctor Lamas
Dibujo de tapa: Walden
Imágenes interiores: Mario Cerón y María Cristina Lamas
Diagramación y maquetado: Noelia Achával Montenegro y Alberto Tasso

Impreso en la Argentina
Se ha efectuado el depósito que establece la Ley 11.723

# ÍNDICE

El tiempo de Carlos Zurita por Santiago Sylvester..... 9

**Vueltas de la vida**
La espera ..... 13
El lento desvanecerse del día ..... 16
Tal vez una penúltima carta ..... 19
Bienvenidas sean las culpas ..... 21
Lejanías ..... 23
Permanencias ..... 25
Casi podría tocar tus manos ..... 29
Vete de mi ..... 32

**Con cierta medida**
Recuento de los años..... 37
A una compañera de viaje ..... 38
A María Cristina, pintora ..... 39
A Gloria Lamas ..... 43
A Fernando Díaz Bunster..... 44
A José Andrés Rivas,
inspector de apariencias ..... 45
Fuimos..... 46
Querido amigo Alberto ..... 47

**Otros epitafios del río Dulce**
Gordi ..... 51
Teresita Ruiz ..... 52
Tumba de Memé Sánchez Dittborn ..... 54
Gringa Suaya Small ..... 57
Divina Pastora Gómez ..... 60

Armando Archetti..... 62
Bernardo Canal Feijóo ..... 64
Emilio Wagner ..... 67
África de las Heras, dama del espionaje ..... 70
Juan Pérez de Zurita, fundador de Londres ..... 74

**Reconocimientos**..... 77

# El tiempo de Carlos Zurita

Santiago Sylvester

A Montaigne hay que creerle cuando, en la dedicatoria de sus *Ensayos*, informa al lector: "Yo soy la materia de mi libro". Esta afirmación es lo que está repitiendo ahora Carlos Zurita; y también hay que creerle.

Estos poemas son el repaso de un hombre que se ha puesto a reflexionar sobre su vida. O tal vez más exactamente, sobre el tiempo; y como sabemos el tiempo, por ser el tiempo, lo que más sabe es pasar. Y aquí vuelve a aparecer Montaigne para decirnos lo que también anuncia Zurita: "No pinto el ser sino lo transitorio".

Pero que no haya confusión: no es la melancolía la dueña de este recorrido, sino en todo caso la memoria, que viene con su carga afectiva a conversar con el tiempo actual. "Se me impone recordar", es la manera de decirlo de Zurita, y es cierto que la memoria no pide permiso sino que se instala: reclama su derecho.

Este libro despliega una larga trayectoria, y lo hace en primera persona del singular, por lo que el poeta está más expuesto que nunca: habla de lo que se ve y también de lo que se oculta en los pliegues pidiendo que lo tengan en cuenta. El yo que habla viene a conciliar lo que el poeta hizo con lo que no

hizo, “lo que pudo haber sido y lo que no fue”; sabiendo que todo eso es la vida; y él lo recupera para que también acompañen al lector.

Aquí están, entonces, los aspectos más significativos: el amor, el hijo, los amigos, los datos de la cultura, los recuerdos que persisten, algunos en forma de epitafios, como esos saludos que siempre estamos debiendo; y para que no falte nada, también se diseña con claridad el sitio de esa vida, como un eje que resume los otros lugares: está Santiago del Estero con su armonía y su reclamo, el paisaje y la gente bullendo por ahí.

Lugar y época es el marco general; y el poeta agrega lo que le da sentido. Posiblemente esto sea lo más evidente, con el resultado conseguido: este libro está escrito con sabiduría acumulada, son poemas que sólo se puede escribir desde un tiempo vivido, meditado, usado con generosidad y recorrido con intensidad. Zurita lo sabe y lo dice de la mejor manera: con un lenguaje claro, emocionado, directo y apto para recoger las redes cuando están cargadas.

El lector, y mejor si es “desocupado” como pedía Cervantes, (Zurita lo califica con cierta ironía como “improbable”, tal vez para convocarlo), tiene asegurado el conocimiento de una vida y de una poesía que da en el blanco.

# Vueltas de la vida

## La espera

Ahora que ya se avecina el ciclo del otoño en el
hemisferio sur,
todos estamos confinados, encerrados en nuestras
casas,
en esta ciudad equinoccial y en todas las ciudades de
la vasta tierra,
encerrados para que ella pase de largo,
procurando evitar a esa deidad insobornable,
a esa mensajera del abismo,
a ella,
que con su callado pie todo lo iguala.

A veces, sin que lo sepa mi mujer, evadiendo el encierro,
abro la puerta y salgo por un momento
a caminar unos pasos, y me asomo a escenarios post
apocalípticos.
Calles y calles desiertas,
lejanas personas que se refugian en un portal o
desaparecen en las esquinas,
algunos autos que pasan raudamente,
perros buscando ya en vano comida.
Hay un silencio ominoso,
y luces de ventanas que se prenden y apagan,
mientras un viento ahora eterno arrastra y levanta
hojas y papeles
que lentamente caen y vuelven a levantarse.

Así es el mundo, ahora, y no sabemos por cuánto
    tiempo.

En cualquier caso, teniéndolo todo en cuenta,
yo elegiría tener una muerte personal.
Ser absolutamente responsable de sus causas,
es decir, de los cigarrillos fuera de control,
el alcohol excesivo, las prácticas
de escritura en horas desbordadas,
el fervor desmedido por mujeres siempre al alcance
    de la mano y a la vez imposibles,
y entre mis malos y buenos excesos no quiero olvidar
la fraternidad con amigas y a amigos en noches y
    madrugadas extremas
conversando, cantando, diciéndonos poemas,
siempre mintiéndonos y dándonos la razón.

Tal fue la historia de mis años.

Si nunca pude ser el dueño de mi vida,
al menos quisiera serlo de mi muerte.

Y es así que ahora un aciago fantasma recorre el
    mundo.
Tarde o temprano, todos,
quien esto escribe,
y tú, improbable lector, parece
que deberemos dejar nuestro sitio.
Para ti quisiera que se postergue el tiempo de ese
    encuentro inevitable

y para mí que llegue en la hora precisa.
Pronto habré de saber cuál es esa hora.

En vano interrogué a Tiresias en el hades,
pero no me ha concedido sus vaticinios,
pregunta dentro de ti, me dijo.

Acaso para encontrar la respuesta que busco, cuál
es la fecha en que mis días quedarán vacíos hacia
    adelante,
quizás debiera interrogar a Anita cuyos ojos son
    dos mañanas juntas
o acaso a Teo, gato precioso,
que está ahí y siempre se está yendo,
siempre saltando hacia una pura eternidad.

*20 de Febrero 2020*

## El lento desvanecerse del día

En el atardecer a veces me demoro
en mirar largamente a las pensativas nubes
derivando quizás hacia un lejano horizonte.
Necesito ese lento océano de resplandores grises,
celestes y rosados
para de algún modo sentirme parte
de todos los espacios y de todos los tiempos.

Ahora, en los bordes de Marzo, he subido a contemplar
ese espectáculo eterno y siempre repetido,
en las horas en que los ya inclinados rayos del sol
relumbran en los arreboles del crepúsculo.

¿Son acaso los mismos arreboles que contemplaron,
tal vez buscando escrutar el destino de sus vidas,
lejanos hombres que ahora aparecen en mi memoria?

Pienso en Jenofonte, en su aciaga travesía procurando
regresar a Grecia,
conduciendo a diez mil compatriotas a quienes había
llevado
a una desventurada misión en Persia.
Evoco a Julio César, conquistando las Galias para la
pax romana,
sangrientamente sometiendo a francos, teutones,
helvecios,
los bárbaros de ese entonces.

Y también pienso en San Martín cruzando los Andes
por caminos nunca hollados,
por temblorosos desfiladeros, con mulas, cañones y hombres
siempre a punto de despeñarse,
portando la gema preciosa y desconocida de la libertad.

Hay memorias y testimonios de que todos ellos al declinar las jornadas,
contemplaban cielos ajenos, y añoraban sus lares y alejadas patrias.
También se sabe que conscientes de la fugacidad de la vida,
siempre se mencionaron a sí mismos en tercera persona,
quizás para eternizarse,
pero esa elocución distanciada e histórica
era la voz que con pleno derecho les correspondía.

No es el caso de quien escribe estas líneas
que casi lo desbordan, y que no está pudiendo manejar.
Yo apenas soy quien levanta el rostro al cielo infinito de esta ciudad
en la latitud 27 de Argentina, y mira pasar las lentas nubes

Así estoy, en el otoño de la vida, necesariamente recordando,
y he aquí que me concedo el permiso de evocar

entre tantos seres contempladores del cielo en el
atardecer,
a quien fuera una joven madre,
a la gata Gordi,
extendida como una esfinge en el tejado,
mientras el viento sur mecía su pelambre,
con las orejas atentas, con sus patitas siempre a
punto de saltar,
pero inconmovible, insobornable, no escuchando
nuestros llamados,
sin querer bajar hacia el patio donde estábamos
nosotros
quienes decíamos amarla,
porque ella se encontraba fascinada,
tal vez reconociéndose, atisbando
por la entreabierta cerradura de sus ojos
el lento desvanecerse del día.

## Tal vez una penúltima carta

El tiempo pasado y el tiempo futuro,
lo que pudo haber sido y lo que fue,
tienden a un solo fin, siempre presente.

Ahora ha comenzado una suave lluvia sobre el jardín
de esta casa que es tuya y es del gato Teo,
y donde a veces yo vivía.
Resplandecen las hojas de la santa rita,
despiertan los dormidos helechos,
breves luces gotean por las ramas
cayendo sobre el piso de ladrillos

Acaso es un momento para pensar en nosotros.
Quizás ya no podamos cambiar el futuro
pero hay un pasado en que nos reconocimos

Hasta un punto indeterminado de nuestros corazones
fuimos sinceros, nunca nos mentimos
al prometer lo imposible,
eso fue el amor, como todo verdadero amor,
instantes de eternidad.

Escribo, quizás, el penúltimo mensaje que te envío
procurando descubrir las leyes de la gravitación
universal,
tratando de saber qué mareas de los tiempos

y del olvido, qué derivas de los continentes
de la memoria, qué azares
de senderos que no queríamos cruzar
nos llevaron a encontrarnos.

Seguiremos nuestros propios caminos,
cada uno en busca de su esperanza.
Debemos seguir adelante,
estuvimos juntos, ahora se abre el mundo.

No quiero detenerte, no quiero
detenerme, pero abro unas preguntas:
dónde están los antiguos dioses que adorábamos,
los sitios secretos del horizonte
que eran nuestros, la dirección exacta
de tu nombre y el mío
dónde están, donde se perdieron?

"Quién me dijera, Anita, vida mía,
cuando en el Parque Aguirre al fresco viento
andábamos cogiendo tiernas flores,
que había de ver con largo apartamiento
venir el triste y solitario día
que diese amargo fin a mis amores?"

*A Eliot y Garcilaso, In Gratitude*

## Bienvenidas sean las culpas

durante tanto tiempo
pasa que pierdo la cabeza
y me olvido de vos
de tus sueños
me olvido de tus lágrimas

hoy es un dia más
y ya son las siete de la tarde
ando dando vueltas por las habitaciones
mirando los cuadros
los retratos de familia
los libros que nunca volveré a leer
examinando viejos papeles

procurando que pase el tiempo
y llegue el momento decente
para servirme un gin tonic

nada más espero de la vida
en estas circunstancias

me siento culpable por demasiadas cosas
pero bienvenidas sean las culpas
ya que gracias a ellas
a veces traigo flores a la casa
y las pongo junto a tu cama

en la mesita de luz
antes que apagues la lámpara
y todo se desvanezca

## Lejanías

Al pie de las escolleras del puerto de Talcahuano,
sobre un húmedo bloque de piedra,
dos lobos marinos descansan al sol,
inmensos y magníficos.

A veces levantan la cabeza
y lanzan aullidos largos y entrecortados
que resuenan por lo ancho de la bahía,
son tan intensos que todos vuelven el rostro,
son olvidados sonidos de la naturaleza
que los niños escuchan casi con terror
y fascinación.

Por la explanada de la costanera
se ofrecen pescados y mariscos
y circulan vendedores de periódicos.
Junto al muro del malecón
se ven jóvenes parejas tomadas de la mano
y, de tanto en tanto, hombres solitarios
asidos a su caña de pescar.
En lo alto ascienden y descienden las gaviotas.

Va cayendo la tarde.

Yo miro hacia el mar, cercano y distante,
a lo lejos un barco de pescadores

ya bordea el horizonte,
se aleja cada vez más en pos de su tarea,
en busca de su destino,
se aleja, se aleja.
Aprieto la mirada
pero hay un momento en que ya no lo veo.

Es lo que pasa con los hijos
cuando se van?

Yo tuve un hijo
que se alejó en el horizonte
en busca de sí mismo.

## Permanencias

El tiempo pasa y sigo siendo
el mismo de siempre, aquel
que cambia de identidad cada mañana.

Ha llegado el invierno
a esta ciudad sitiada por el olvido,
en el antiguo norte de un país distante.

Ha llegado el invierno a esta casa de altas paredes
donde hay cuadros y libros y fotografías,
recuerdos, presencias que se desvanecen,
y un jardín en que se suceden las estaciones

A veces abro viejos cuadernos procurando
    reconocerme
y leo palabras escritas por otros,
por seres que me resultan ajenos
a los que no logro recordar.

Mi mujer me dice que ella no sabe quién es
pero siente que está rodeada de sueños que la
    protegen,
ella teje sus muñecas,
habla por Wasap con sus hermanas,
acaricia el lomo de su gato,
algunas noches la siento entonar canciones.

¿Cómo podría yo cantar?
Transcurrieron los años
y hay demasiadas preguntas
que he dejado abiertas.

Yo salgo al jardín,
hay una mesa blanca,
sillas que esperan, un banco de hierro en el costado.
Miro las plantas y el suelo del patio
donde cayeron las flores purpúreas de la santa rita.

Cuántas personas que pasaron por esta casa,
tantas conversaciones, tantos poemas
en las madrugadas,
en las que el Beefeater, el malbec, el chardonnay
necesitaban de nosotros.
Cuantas músicas que tocaron nuestros amigos,
tangos, chacareras y suites de Bach.
Dónde se fueron ellos,
por dónde resuenan ahora esas músicas?

A veces por la escalera subo
hacia mi pieza de soltero ahora abandonada
y escarbo entre los despojos
de mis vidas pasadas

Salgo a la terraza
y largamente, para sentirme fuera del tiempo,
para sentirme parte de la historia,
me quedo contemplando a las pensativas nubes.

Me apoyo en un balcón,
enciendo un cigarrillo,
y miro los cielos, los arreboles
del crepúsculo que en su momento también
    contemplaron
desde lejanos siglos
seres tan distantes y semejantes
como los personajes y dioses de la antigüedad
    clásica,
o los diaguitas que eran dueños de estos espacios
    equinocciales.

Se hace tarde,
y ya es momento de bajar hacia mi mesa de trabajo
que ahora queda en la cocina.
Abro el cuaderno,
miro la eterna hoja en blanco,
no me atrevo a nada,
y me quedo pensando.

Porque me dijeron
que siempre escribo sobre las mismas cosas.
Y en verdad mi repertorio es escaso.
He intentado cambiar de tema,
abrirme a otros mundos.
Quisiera hablar de mi sin olvidar a nadie.

Pero sucede que hay presencias
y distancias que me reclaman,
de las que debo dar cuenta: el domicilio

de mi corazón, la residencia de mis amores,
y también mis constantes deserciones de la realidad.
Continuamente es así,
me doy cuenta,
que vaya a dónde vaya
siempre seré el ausente.

## Casi podría tocar tus manos

¿Quién es esa mujer
que viene a buscarme desde el olvido?

Pasaron los años y sigo siendo
el último pasajero que se retira en la madrugada
a una pieza donde hay una lámpara inclinada
y papeles y ropas que pertenecieron a alguien.

Cundo abro la ventana hacia un horizonte
colmado de lejanías
tu recuerdo crece en mi corazón.

En esta noche abierta a todos los destinos
casi podría tocar tus manos.
Es la brisa del otoño que llega,
acaso el aroma de la lluvia que ha caído sobre unas
    flores amarillas,
acaso el rumor del viento entre las ramas y las hojas
    del aguaribay

Me ha sido dado vivir
en distintos lugares de la vasta tierra
pero cierro los ojos y estás frente a mí
en un bar en Buenos Aires, en esa ciudad
siempre alejada y cercana como vos.

Cierro los ojos y te veo
exactamente del tamaño
irreal y eterno de tu cuerpo desnudo
en la penumbra de una habitación
que queda en todos los lugares
del mundo, en todas las estaciones del tiempo.

Me cuesta decírtelo claramente,
las palabras a veces se interponen
entre nosotros, los silencios
a veces se interponen.

Pero basta con sentir
la temperatura de tu piel
para que nos entendamos,
y ya no hacernos preguntas,
y aceptar las leyes
de la gravitación universal.

No hago otra cosa que pensar en vos.
Y quizás ya no nos veamos nunca más.

No es la primera vez que me despido,
pero tal vez sea la última

Ya nada depende de nosotros.
Sólo nos resta esperar
que nos invada la locura
que llegue una carta
que suene el teléfono

que se abra una ventana
en la eternidad de la noche.

## Vete de mi

*Tú que llenas todo de alegría y juventud*
*y ves fantasmas en la noche de trasluz*
*y oyes el canto perfumado del azul.*

En esta noche se me impone recordar,
apretar la tibia lejanía de tus manos.
Siempre llegas con la brisa del otoño que entra por
la ventana,
a veces es tu voz en la que aún puedo
reconocerme, siempre
el aroma de tus hombros,
a veces son tus ojos colmados de lejanías,
aunque nunca supe de qué vislumbres.

Tu ausencia es demasiado presente
y yo deposito demasiadas palabras en tu memoria.
Quizás no dejamos
que el olvido transcurriera a merced
de sus propias leyes,
hacia sus propios horizontes.

Acaso debiéramos haber cerrado
los ojos al paso del tiempo.
Tal vez nos cuesta abandonar ilusiones perdidas,
de cuando nos encontramos
y reconocimos quizás de una vez y para siempre.

Ahora la palabra que asoma a mi boca
es una tentativa de seguir adelante
y digo: fuimos.
Y puede que sea la palabra exacta.

Supiste decir que lamentabas
que nunca hubiéramos vivido una historia completa,
sin embargo la vivimos plenamente,
todas las noches eras eterna,
todos los amaneceres
nos entregaban sus luces secretas.

Pero debieran haber pasado los años,
no podremos ser nosotros mismos
si no nos olvidamos.

Por todo, y menos que eso aún,
por favor,
hermosa,
vete de mí.

# Con cierta medida

## Recuento de los años

Aparto de mi todos los lamentos,
soy deudor de perdidas ilusiones
y de tantas pasajeras pasiones
que fueran arrastradas por los vientos.

Mi profesión de fe politeísta
fue la que me llevó de viaje en viaje,
en vano tras mi propio personaje:
y no fui ni sociólogo ni artista.

Tengo el destino que me corresponde,
ya que nunca supe de dónde vengo,
ni advierto cuál es mi tarea. Nada veo

de la vida, ni sospecho hacia dónde
voy. Sólo escasas certidumbres tengo:
la misteriosa Anita y mi gato Teo.

## A una compañera de viaje

Ni flores, ni perfumes yo te mando,
sino que, incierto, subo los peldaños
para ofrendar ahora en tu cumpleaños
versos medidos, y de contrabando.

Naciste más allá de Andes y mares
y quizás no me fuiste destinada,
pero siempre apostando a todo o nada
yo decidí ponerte en mis altares.

Este mundo es de suerte tan ajena
que quiero el escondite de tus ojos,
o la vida será sólo despojos.

En tanto que, de rosa y azucena,
sigue con tus tejidos, tus muñecas
más verdaderas que mis bibliotecas.

## A María Cristina, pintora

Tanto para elogiar de tu pintura
que no me bastarán catorce versos
para dar cuenta de tus universos,
estrechez que me causa desventura.

Misteriosa destreza de tu mano:
retratos, bodegones y desnudos,
que admiramos de pie, sordos y mudos,
sintiendo que nos hacen más humanos.

El tiempo te traerá gloria postrera,
tantas joyas tallaste y tú callada,
pintando en tu taller ensimismada,
sintiéndote en la noche forastera.

Tu pincel rehusó las vanidades
pero supo, eso sí, de eternidades.

## A Gloria Lamas

Quise escribirte, Gloria, un soneto,
no acierto en las palabras, ni en la rima,
ningún elogio, nada se aproxima,
y no captar tu luz me pone inquieto.

Yo quería valorar tus pertenencias,
tu infinita bondad, todas tus ayudas,
ese ancho corazón que nunca mudas
y hasta el color azul de tus hortensias.

Famosa en Concepción es tu mirada,
hada madrina de desheredados,
de quien como yo con los días contados
abrí mi vida gracias a tí, cuñada.

En verdad existen paraísos, pero
nunca como tu casa cada Enero.

## A Fernando Díaz Bunster

Pasar por la vida hubiese querido
como pasaste tú, siempre en la memoria
de tu mujer, tus amigos, en una historia
que el paso de los años no ha barrido.

Me fue deparada sólo una vez
estar contigo, un whisky compartimos,
hablamos de todo, de quiénes fuimos
y quedó claro el pasado y el después.

Entre los tuyos tuviste una misión,
la de solucionar todo problema,
que ahora se nos impone un solo tema,
no la vida, sino la muerte es una ilusión.

Y no dejaste nada en el camino:
tus hijos encontraron su destino

## A José Andrés Rivas, inspector de apariencias

(Soneto con serventesio)

El hombre referido es alto y rubio;
era en los tiempos en que vino, mozo,
a conocer el árbol tan frondoso
de lo que aquí se escribe, que es su estudio.

Durante años su voz y sus razones
escuchamos en charlas, conferencias
y en las redondas mesas que su audiencia
poblaba el Jockey y los Cabezones

hasta las aulas universitarias
sin olvidar la Plaza Libertad
donde supimos conversar a veces.

Nos enseñó a leer con otro tono
a la literatura santiagueña.
Hoy se lo agradecemos, y con creces.

No ha sido el vago azar sino el destino
quien lo trajo al calor de estos lugares.
Libros puso en relieve o en altares,
y todos encontraron su camino.

## Fuimos

La veía siempre por primera vez,
como acercarme al mar, a una colmena.
Cautivante y letal, dulce y ajena.
¿Es pasado, el presente, o el después?

Ella me despojaba de camisa,
de corbata, y toda mi sensatez.
Yo tan solo quería su desnudez
iluminando el cuarto, su sonrisa.

Podré yo navegar por otros mares,
verán sus ojos otros horizontes
lejos de su Naón. Mas sus lunares
brillaron para mí. Quiero que conste.

Siento que apenas necesito nada
cuando está mi alma por su luz colmada

## Querido amigo Alberto

Hace tiempo en los versos que no ando
por esas cosas que nos pasan siempre
pero sí en la amistad que nos unía
cuando éramos recientes en el mundo.

Vidas vivimos muchas desde entonces
disfrazados de náufragos o peces
nadando porque sí contracorriente
y sin saber del todo cuándo y dónde.

Ahora hemos nacido nuevamente.
La vida es barca que anda a la deriva
y un timonel que hace lo que puede.

Pero él va abajo, y vos y yo arriba.
Somos grumetes que subimos alto
para decir “hay tierra”en poesía

# Otros epitafios del río Dulce

## Gordi

Soy una gata atropellada por un auto.

Cuando regresaba a casa
crucé la calle
y no pude ver a la desgracia que venía,
no pude verla con mi único ojo sano.

Soy una gata triste que quedó tirada sobre el pavimento.
Cuando mi cuerpo ya estaba aterido y enfriándose
sentí que me levantaban
y unas lágrimas caían sobre mi pecho.

Me pusieron en una caja de cartón
y me trajeron hasta aquí
cerca del río Dulce.

Sé que me recuerdan
pero casi nadie sabe
donde queda mi tumba

Me enterraron junto al tercer eucaliptus
hacia el sur
de la calle Alsina.

## Teresita Ruiz

Desde donde estoy
siento transcurrir las estaciones
y el rumor del mundo.
Nada me resulta ajeno.

Por una ruta cercana
escucho pasar los autos.
Durante el día siento
las voces y las risas y los llantos
de quienes vienen a visitar sus deudos.
En la noche reina el silencio.

El cementerio donde yazgo
es un prado verde
en El Zanjón
al sur de la ciudad donde nací.

Dicen que mi vida fue cercenada
en plena juventud.
Quizás en un momento también yo lo creí
pero siento que no abandoné este mundo
antes de tiempo.

Mis tres maravillosos hijos
me muestran que no fue así.

Marco, pintor de paisajes interiores,
Pía, creadora de linajes y familias,
Anna, bella y soñadora.
Ellos me hacen sentir eterna.

Por favor,
nadie se ponga triste al recordarme.

## Tumba de Memé Sánchez Dittborn

Después del terremoto en el sur de Chile,
en el cementerio de Concepción
ha cambiado la distribución de la muerte.
Se abrió la tierra, cayeron muros,
cayeron estatuas,
se derrumbaron mausoleos,
y las calles del atardecer se borraron.

Pero basta con cerrar los ojos
para orientarse
y encontrar lo que uno busca.

Esta es la tumba de Memé,
de una mujer fuera del tiempo
que está más viva que todos nosotros.

Ella es esa mariposa que ahora recorre el aire,
esa pequeña flor amarilla al costado del camino,
es esa nube que flota en lo alto,
es el aroma del pasto recién cortado.

Ella es la madre de la mujer
que quizás me fue destinada.

## Gringa Suaya Small

Me llamaban Gringa
acaso por el pelo encrespado y la transparencia de los ojos
Transcurren los años en este lugar
donde tengo tanto tiempo para recordar,
en esta morada final
en el antiguo cementerio de La Piedad.
Hay silencio por las noches,
durante el día a veces el viento trae las voces
de los trabajadores que cuidan las calles empedradas
y de quienes vienen a visitar sus deudos

Dijeron que en plena juventud le robé el novio a una amiga
pero no fue así, sucede que un hombre se turbó conmigo
y con sus palabras y sus silencios logró convencerme
Fue un amor que duró por siempre
quizás porque éramos perfectamente distintos,
yo, maestra de escuelas primarias
él, abogado que enseñaba en la universidad
y que llegó a ser un prominente juez

Yo me preocupaba de nuestros cuatros niños
El reconcentrado en sus libros y en la música clásica
recibiendo a sus alumnos en el escritorio,

Tenía pocos amigos con los que se reunía
de vez en cuando en nuestra casa
cuando algún músico
de paso por la ciudad
tocaba Bach o Debussy
en el comedor grande que daba a la calle.

Hubo un momento triste en que la casa quedó desierta.
Cuando crecieron nuestros niños fueron a estudiar
a otras ciudades. Yo les enviaba encomiendas
con comida, ropa limpia y algún dinero.

Mi marido no sabía nada de la vida terrenal,
en la sucesión de su familia
perdió la parte de un campo que nos correspondía.
Pero no me quejo porque él me permitió
asegurar el futuro de los chicos
y comprar para nosotros dos una casa de invierno en
    Río Hondo
y otra para el verano en las montañas de El Rodeo

Ahora que el tiempo ya ha pasado
agradezco que mi marido que mis hijos
se hayan dejado cuidar por mí,
que no me hicieran caso en las cosas importantes
y encontraran su propio camino.

Siento que me recuerdan
porque de vez en cuando me traen una flor
y permanecen en silencio a mi lado.

Ojalá nunca les falte a ellos
ni felicidad, ni paz,
ni el necesario olvido.

## Divina Pastora Gómez

Soy de Bandera Bajada
cerca del río Salado
por ahí todos hablábamos en quichua.
Cuando tenía 17 años
me llevaron a la ciudad
y me ocupé en la casa de la señora Gringa
donde he pasado toda mi vida.
En esa casa había cuatro niños
que han sido mis hijos.
La señora me enseñó a cocinar
las comidas de ellos
a cómo vestirme
y las maneras de servir la mesa
cuando tenían invitados
Yo llevaba todos los días
los chicos a la escuela
Yo no sabía leer.
El doctor, el padre de los niños hizo un pacto
    conmigo,
me enseñaría a leer y escribir
y a cambio yo debía
hablar en quichua con él.

Así los años pasaron y pasaron
Cuando morí
llevaron mi cajón

al mausoleo de la familia
en la calle principal del cementerio de La Piedad.

Aquí la gente conversa por las noches
a veces me preguntan cómo ando
les digo que estoy bien pensando en los chicos
que a veces vienen por aquí
trayendo flores
un ramo para la señora y otro para mí
y se quedan callados a nuestro lado

Como decían por mis pagos
la vida y la muerte
son dos lucecitas,
una a veces se prende
y la otra se apaga
a las dos hay que darles tiempo.

## Armando Archetti

Mi mujer mis hijos mis amigos
quisieron saber sobre mi paradero.
Mi madre preguntó por mí inútilmente
mi padre se derrumbó en un callado dolor.
Durante muchos años nada supieron.

Nunca entendí del todo las razones
por las que una tarde de Enero
en el Parque Aguirre me apresaron
me vendaron los ojos para siempre.
No pude plenamente comprender
por qué me interrogaron me torturaron
y finalmente se deshicieron de mí
arrojándome a la oscuridad.

Largo tiempo pensé que el destino de mi vida
iba a ser la de los muertos sin domicilio
sin una tumba sin un lugar para recordarme.

Pero fui rescatado del olvido
cuando mis restos fueron encontrados
en una aciaga e inmensa fosa
en un depósito colectivo de cadáveres
en Pozo de Vargas en Tucumán.
Me habían llevado hacia allí,
pero ese no era mi lugar.

Por fin ahora tengo el dominio
que me corresponde en el cruce de los tiempos
el sitio indicado
bajo los destellos del atardecer infinito de Santiago
del Estero.
Mis cenizas fueron esparcidas
sobre las orillas sobre las aguas del Río Dulce
es el lugar donde pertenezco.

Hasta donde estoy
en el anochecer llegan las luces inclinadas de la ciudad
escucho las voces de jóvenes caminantes
y a todas horas me llegan
los sonidos familiares del quetuví las calandrias las
brasitas

De tanto y tanto pensar
llegué a descubrir tardíamente
que no es pasajera la vida sino la muerte.
En este mundo incierto
pero que siempre nos entrega sus secretos
yo seguiré vivo
mientras sienta que María Rosa
sigue cantando con su propia voz
y mis hijos
reencontrándose consigo mismos cada jornada.

## Bernardo Canal Feijóo

A veces veo mencionado mi nombre
en algún tratado erudito
o en una tesis.de doctorado
y casi me desconozco.

No me abandona la sensación
de que he sido diversas personas
que ahora me parecen
todas ciertas pero irreales.

En el largo tiempo
que tenemos los difuntos,
en este abismo abierto
destinado a recordar
me he preguntado quién he sido
y asomaron varias posibilidades.

¿Fui ese joven que escribía poemas surrealistas,
o ese miembro del grupo de confabulados
que fundaron La Brasa?
Acaso quien puso en escena a Silverio Leguizamón
o aquel que procuró desentrañar
el destino de nuestra aciaga patria
siempre en los bordes de la Constitución y su
    ruptura?
Quizás ese hombre ya entrado en años

al que Francia le concedió la Legión de Honor,
que presidió la Academia Argentina de Letras
o fue Decano en la Universidad de la Plata?

He sido todos ellos
y ninguno.

Con el paso del tiempo
un poco logré reconocerme
cuando un eximio profesor recopiló mis ensayos
y los tituló como
'Una pasión mediterránea´.

Porque aunque mi escritura haya sido excesiva
y transitado por géneros tan diversos
como la poesía, el teatro, el ensayo,
en toda ella, sin proponérmelo,
pareciera que se muestran los aires
de mi provincia natal.

Ya ha pasado mi vida
y ahora yazgo en Buenos Aires
en un repositorio
de esta ciudad fenicia.

Si es que los muertos
pueden formular deseos
y ellos fueran atendidos,
quisiera que mis restos
sean llevados a Santiago del Estero,

al cementerio de La Piedad,
donde yacen algunos de mis amigos,
el Nano Paz, Horacio Rava,
a ese cementerio por el que en plena juventud
caminé tantas veces con ellos
mirando las tumbas, los panteones,
preguntándonos acerca
de cuestiones que en ese entonces nos excedían,
meditando sobre los misterios
de la vida y de la muerte.

## Emilio Wagner

(1868-1949)

Siempre tuve la sensación
que en las formas de la naturaleza
existía una estructura de sentido
que era preciso desentrañar.
Para ello era necesario mantener
los ojos siempre abiertos
escudriñando entre las luces y la sombras.

Tal fue el camino que procuré transitar
en la aventura del conocimiento,
atendiendo desde lo minúsculo a lo más vasto.

Cuando era niño descubrí a los insectos
inclinándome en los suelos, inspeccionando
en los bordes de los arroyos en Normandía.

Mi horizonte se amplió hacia la amplitud de la flora
y la fauna
cuando los destinos diplomáticos de mi padre
nos llevaron a lejanos trópicos en América del sud.

Coleópteros, helechos, vertebrados,
todos para mí tenían una significación,
un lugar en la urdimbre de la creación

Pero algo faltaba, algo faltaba
situar en la armonía de la vida
y advertí que era la instancia humana.
Ella me fue dada descubrirla,
imaginarla en los túmulos, en los páramos
de Santiago del Estero
donde había un inmenso mundo enterrado,
una civilización primigenia
que había que sacar a la luz.

De tal manera de naturalista
debí convertirme en arqueólogo
excavando en Llajta Mauca, en Mistol Paso,
tarea que me llevó casi toda la vida.
Largos años estuve trabajando
con la ayuda de mi hermano Duncan,
con el estímulo de jóvenes intelectuales locales
y siempre con los auspicios
de diversas instituciones francesas.

Cuando dimos a conocer nuestros hallazgos,
la existencia de un cuantioso repositorio
con piezas semejantes
a las que ya habían sido encontradas
en lugares tales como Troya o Hissarlick,
nuestros escritos fueron valorados
por sociedades científicas europeas.
No pasó otro tanto
con los antropólogos de Buenos Aires
que pretendieron condenarnos
al ostracismo académico.

De todos modos
ahora que ya se desvanecieron
las glorias y las penurias del mundo,
cuando la realidad y las apariencias
forman parte del pasado,
lo que en verdad me importa,
lo que tiene sentido para mí,
es que por fin estoy
en el lugar que me corresponde,
no en Escocia ni en Francia:
mis restos yacen,
junto a los de Duncan,
en un panteón en el cementerio de La Piedad
en Santiago del Estero,
en el corazón
del Imperio de las llanuras.

## África de las Heras, dama del espionaje

(1909-1988)

Mirando mi vida en perspectiva
advierto que me tocó transitar tiempos tormentosos.
Tempranamente acompañé
la lucha de los mineros de Asturias.
Cuando estalló la Guerra Civil
me incorporé al Partido Comunista Español
y como militante disciplinada
acepté que me ordenaran tareas de inteligencia.
Mis primeras instrucciones las recibí
en la propia España de Caridad Mercader,
madre de Ramón,
un justiciero de feliz memoria.
Luego, cuando me incorporé,
primero a la KGB y después a la NKVD,
fui enviada a la Unión Soviética
donde tuve una educación esmerada
en los menesteres del engaño
y del cuidado del anonimato.
Supervisada por el comandante Orlov
fui adiestrada en el manejo de armas
físicas e ilusorias.

Con el tiempo aprendí que el arte del engaño,
en el que creo fui eximia, no es tan diferente

del eterno arte del amor.
Acompañé a Ramón Mercader
en México
para apoyarlo en su misión.
En casa de León Trotsky, en Coyoacán,
que solía visitar,
frecuenté a André Breton,
a Diego Rivera y a Frida, su mujer,
que siempre me miraba con ojos insistentes.

Distintas misiones
me llevaron por todo el mundo.

Entre tantos lugares por donde anduve
también me miré en las aguas del Rio Dulce.
Una noche de invierno de 1949
acompañé a mi esposo que debía tocar el piano
en el Petit Palais en Santiago del Estero.
Él era uruguayo y escribía relatos,
nos hospedábamos en el Hotel Savoy.
Se llamaba Felisberto Hernández,
estábamos casados
pero él no sabía por entonces mi verdadero nombre.

Ya que el primero, África,
me lo puso mi padre porque nací en Ceuta,
pero luego tuve -debí tener-
tantos, que ya no sé
cuál elegiría como el auténtico.

A Felisberto lo conocí en París
y mis controles de inmediato
me dieron la misión de seducirlo
y acompañarlo a Montevideo
donde debía organizar una red sudamericana
de apoyo a nuestra causa.

En pos de mi deber
no dejé de andar de un lado al otro.

Y así pasaron y pasaron los años.

Como tenía que ser
mis últimos tiempos los viví en Rusia.

Mis restos yacen
en el cementerio de Jovánskoie en Moscú;
en la lápida de mármol oscuro de mi tumba
bajo mi nombre
consta mi grado de Coronel del ejército soviético
ya que fui enterrada con honores militares.

Pero nadie viene a visitarme.
Multitud de caminantes recorren
los domingos los entrecruzados senderos
de este silencioso lugar.
A veces alguien se detiene un momento,
quizás cree recordar algo
y mira mi tumba
pensando que se trata

de una marca, un detalle,
una vieja señal
de un Imperio que se derrumbó.

## Juan Pérez de Zurita, fundador de Londres

(1516-1584)

Nací en la augusta Córdoba de Andalucía
pero siempre en pos del deber
distantes horizontes transitó mi vida.

Joven aún la defensa de la patria
me llevó a incursionar donde me convocaran
y así participé en campañas en Italia y Argelia.
Cuando se tornó necesario
afianzar las posesiones en Indias
no dudé en embarcarme a cruzar
el nebuloso Mar Océano.

Peregriné desde el Perú
hasta lo que se llama ahora el estrecho de Magallanes,
estando asentado en Chile
me ordenaron cruzar la cordillera
con la misión de fundar ciudades
y consolidar las ya establecidas.
Fui designado teniente gobernador de Santiago del Estero.
que era la capital del Tucumán.
Ejercí mi tarea con la debida mesura
y la necesaria energía,
de tal forma aquieté las disputas entre los vecinos principales

y sometí los ánimos de los indígenas,
seres puros e inocentes
a los que era necesario proteger de sí mismos
otorgándoles la ventura de la verdadera fé.
Cumplida las tareas de pacificación
pude emprender mi cometido de establecer plazas
firmes;
instauré poblados y emplazamientos,
algunos se desvanecieron,
otros mudaron de nombre.

Pero hay una ciudad que pervive,
y que quizás justifica el devenir de mi existencia.
En 1558 me fue dado fundar Londres
entre las montañas azules de Catamarca.
Le puse ese debido nombre
en homenaje a mi señor don Felipe II
quien merced a su matrimonio
con María Tudor era rey consorte de la Inglaterra.

Mirando hacia atrás,
meditando ahora desde mi incierta tumba
en la latitud del Potosí,
no deja de sorprenderme y congratularme
que mis afanes hayan hermanado
a Londres con Santiago del Estero,
lugares donde quizás
hayan quedado briznas de mi descendencia,
ambas ciudades sitiadas
por las neblinas del olvido.

## Reconocimientos

A varias amistades y colegas, tanto de la literatura como de las ciencias sociales, importuné en diversos momentos requiriéndoles su opinión acerca de los textos que integran este pequeño libro que será, sin duda, postrero, y espero no resulte póstumo.

Jorge Raventos, Santiago Sylvester y Alberto Tasso tuvieron la buena voluntad de leer todos y cada uno de los poemas a medida que los iba elaborando y aportarme sabias y atinadas sugerencias que temo no haber tomado debidamente en cuenta.

Con Marta Terrera, Marina Farinetti, Teuco Castilla, Lucas Rubinich, Javier Auyero, Alejandro Auat, Vicente Palermo y Andrés Pedreño Cánovas también me siento en deuda por el estímulo y los comentarios que me enviaron sobre algunos de los textos.

Este libro se terminó de imprimir
en septiembre de 2021
en los talleres gráficos de DOCUPRINT
Buenos Aires, Argentina.

## OTROS TÍTULOS DE EDICIONES DEL DOCK

*Trabajar cansa /*
*Vendrá la muerte y tendrá tus ojos*
Cesare Pavese

*Y que todo tenga un nombre nuevo*
Guillaume Apollinaire

*Por ínfimas finuras*
Emily Dickinson

*La hora verde*
Charles Cros

*Poesía completa*
Jacobo Fijman

*Obra completa*
Héctor Viel Temperley

*Argentino hasta la muerte*
César Fernández Moreno

*Obra poética*
Raúl Gustavo Aguirre

*Llaman a la puerta*
Santiago Sylvester

*La poética de la seda*
Ángela Pradelli

*Telegrafía*
Juan Anselmo Leguizamón

Este libro está escrito con sabiduría acumulada, son poemas que sólo se pueden escribir desde un tiempo vivido, meditado, usado con generosidad y recorrido con intensidad. Zurita lo sabe y lo dice de la mejor manera: con un lenguaje claro, emocionado, directo y apto para recoger las redes cuando están cargadas. Esta es una poesía que da en el blanco.

*Santiago Sylvester*

El balance de vida, exento de piedad y crudamente preciso que ha depositado Carlos Zurita en sus textos, significa un momento feliz en nuestra poesía, severamente ajada por la vaguedad y el falso sencillismo. Por su impecable oficio y su controlada intensidad emocional, sus poemas pertenecen al reservorio de la poesía argentina imprescindible.

*Rodolfo Godino*

En la quietud de la noche el poeta observa el rostro de Anita pensativa, mientras pasa bajo sus dedos el lomo de su gato Teo, y piensa la frase que necesita ahora su cuaderno siempre abierto. Sus epitafios, sobre seres que han muerto y sobre espectros que aún se mantienen vivos, entre ellos el propio autor, constituyen uno de los puntos más altos de la originalidad de la poesía de Carlos.

*Alberto Tasso*

Barco Edita

dock
Ediciones del Dock

ISBN 978-987-559-426-5
9 789875 594265